

EL TESTIMONIO DE UN MIEMBRO DE LA MAGISTRATURA. CURIOSO INCIDENTE
EN EL RIACHUELO CHAMBERS.

Waxahachie, Ellis Co., Texas, 18 de abril.

Un reportero de "The Dallas Morning News" ha entrevistado al señor Love, juez de esta localidad, acerca de la misteriosa "Aeronave" que ha dejado perplejos a muchos tejanos y que según rumores ha sido vista por esta autoridad. He aquí las declaraciones del magistrado:

- En el día de ayer me fui de pesca en compañía del señor Beatty al riachuelo Charbers, cerca de la desembocadura del afluente Great House. Soplabla brisa del norte y la pesca era escasa. Entre las cinco y media y las seis de la tarde decidimos trasladarnos a unas 600 yardas de la bocana. Beatty caminaba delante, y de repente le oí exclamar:

- Dios mio, ¿qué es aquello?.

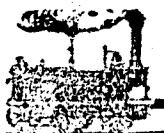


- Cuando lo alcancé abriéndome paso en los matorrales señaló hacia un barranco que se extendía a nuestra izquierda, donde divisé a un grupo de cinco individuos ataviados de forma peculiar, a los pies de un insólito artefacto posado en la orilla, que reconocimos enseguida como "El Vagabundo Volador" del que la prensa de Dallas había publicado dibujos y descripciones. Los aviadores fumaban en pipa al tiempo que sacaban el equipaje y colocaban algunas pertenencias sobre pieles extendidas en el suelo. Cuando advirtieron que nos aproximábamos a través de la maleza parecieron desconcertarse, y uno de ellos nos llamó en correcto inglés:

- Vengan con nosotros.

- Nos acercamos y tras las presentaciones mutuas pregunté si viajaban en la tan comentada "Aeronave", y el que nos había invitado, que parecía el responsable del equipo, explicó:

- Éste es uno de nuestros vehículos aéreos. ¿Les gustaría examinarlo?. Mide de largo 32 pies y en su parte central la anchura es de 14 pies, estrechándose hacia cada extremo como un cigarro puro mejicano. Cuenta con tres pares de alas semejantes a las de los pájaros, reforzadas de punta a punta con un armazón de varillas y además ferradas, con el fin de maximizar el empuje ascendente del viento, al estilo de las aletas que monta el señor Iamson en las cometas que echa a volar en el Parque Rigby. El motor hace batir las alas con rapidez, y accionando una palanca el piloto orienta la nave en la dirección deseada y la hace ascender o descender a voluntad. El aparato está equipado para satisfacer las necesidades normales de la tripulación, y cuenta con literas, cocina, estufa de gasolina y otras instalaciones. Puede alcanzar 250 millas por hora aunque su velocidad de crucero oscila entre 125 y 150. Al preguntarle que de dónde procedían y cuánto tiempo llevaban navegando, el comandante nos ofreció una cachimba de excelente tabaco, rogándonos que nos pusiéramos cómodos mientras respondía a nuestras preguntas.
- Vivimos en una región del Polo Norte, aclaró, donde más allá del Océano Ártico y en contra de lo que se cree se extiende un territorio habitable de 250 millas cuadradas. Por lo que sabemos los pioneros que colonizaron estas tierras fueron las Diez Tribus de Israel, tras su cautiverio y la dispersión del pueblo judío. Según la tradición se aventuraron en cruzar el estrecho de Bering y un iceberg a la deriva los trasladó a este asentamiento polar, cuyo clima gélido era dulcificado por la Corriente del Golfo, que tras discurrir cientos de kilómetros muchas brazas por debajo de la superficie marina emerge en esa latitud hasta rodear nuestra isla, que goza así de un ambiente templado. Se preguntarán ustedes cómo es que hablo inglés. Pues bien, la expedición al Polo Norte de Sir Hugh Willoughby en 1.543 se dio por perdida, pero en realidad logró arribar a esta comarca habitable. Su navío había resultado tan deteriorado en el periplo que los expedicionarios no se arriesgaron a emprender una azarosa travesía de regreso, y acabaron estableciéndose en suelo polar. A principios de 1.546 Sir John Franklin ^{TAMBIEN} consiguió arribar al Polo, falleciendo en las proximidades de la que hoy se denomina bahía de Lady Franklin.



Su embarcación resultó aplastada entre dos bloques de hielo a unas 100 millas del enclave septentrional, al que la tripulación accedió a bordo de botes. En el mismo habitat nórdico recalaron posteriormente y en condiciones desesperadas otros inmigrantes oriundos de Europa y los Estados Unidos.



- ¿Cómo se las arreglan en el Polo?
- Hoy día gozamos de un país espléndido. Ustedes saben cómo el agua caliente caldea los edificios. Nosotros distribuimos allí el vapor en las zonas colonizadas mediante una red de conducciones. Regulamos asimismo la temperatura del suelo agrícola a fin de cultivar frutas propias de zonas templadas y tropicales. Disfrutamos también de iluminación eléctrica durante los seis meses de noche polar. En cambio no producimos madera ni hulla. El agua como Vds. conocen se compone de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno. Este último arde con facilidad generando considerable calor. Por un procedimiento químico disgregamos en el agua de los icebergs el hidrógeno del oxígeno, y éste lo utilizamos para iluminación y combustible. Al carecer de bosques no podemos fabricar embarcaciones ni ferrocarriles, lo que nos ha llevado a inventar prototipos voladores. Durante muchos años los hemos aprovechado para transporte interno, hasta que recientemente nos aventuramos en incursiones fuera de la patria polar. El primero de enero de 1.897 nuestra Academia de la Historia adoptó la resolución de explorar los cielos de Europa y Estados Unidos a bordo de una serie de naves espaciales. Con tal propósito manufacturamos una veintena de aparatos controlados cada uno de ellos por cinco expertos. El uno de marzo diez aeronaves emprendieron el vuelo camino del viejo continente, y otras tantas partieron en dirección a tierras americanas, las cuales surcan en estos momentos los cielos de la Unión.

Viajamos pertrechados de armas de caza y aparejos de pesca, lo que nos permite cobrar toda suerte de piezas dada la considerable velocidad a la que nos desplazamos. Por otra parte hemos concertado que esta decena de modelos aéreos sea exhibida gratis los días 18 y 19 del próximo junio en la Exposición del Centenario de Nashville, en el estado de Tennessee. A unas 100 millas hacia el norte tuvimos que descender, y con tal motivo vislumbramos de cerca el paso de uno de sus trenes, vehículo lento aunque muy curioso.

- Bueno, es hora de marcharnos, comentó el aeronauta.

Y el juez Love finalizó así su relato:

- Intercambiamos apretones de manos con los pasajeros y una vez éstos a bordo la nave ascendió alejándose rumbo a Waco. Les acabo de proporcionar una sucinta descripción de "La Aeronave", que podrán corroborar con sus propios ojos si acuden a la Exposición de Nashville el 18 y 19 de Junio.

=====

=====

TERCER EPISODIO

"LA AERONAVE" Y SU TRIPULACIÓN DE CONCERTISTAS.



Hillsboro, Hill Co., Texas, 18 de abril.

Un buen número de hillsborenses, con su curiosidad al rojo vivo respecto al misterioso "Vagabundo del Espacio" cuyos reportajes gráficos han sido aireados por nuestro periódico, se congregaron a lo largo de la noche con la esperanza de avistar esta maravilla de los cielos, pero su vigilancia no fue recompensada, debido probablemente a que el carguero espacial cumplía compromisos de sobrevolar a tales horas otras localidades. Empero el señor Walter Williams, cuando hacía noche acampado con su carruaje en una colina a un par de millas hacia el este y en el camino de Hillsboro a Mount Calm, asegura que tuvo ocasión

de ver y escuchar cosas extraordinarias totalmente "fuera de programa". El corresponsal de "The Dallas Morning News" lo interrogó mientras refrescaba a sus caballerías en el abrevadero de la población, al notar en Williams un aire de perplejidad. He aquí la crónica singular de su experiencia, en sus propias palabras:



- Me llamo Walter Williams y trabajo en un rancho del condado de Anderson, cercano a la aldea de Montalba (Texas). Por asuntos agrícolas voy camino del condado de Hardeman. Ayer pernocté a unas dos millas hacia el este. Estacioné el carro en la falda de un empinado cerro, donde di de comer a las bestias. Después de cenar me adentré en la espesura con ánimo de relajarme y estirar las piernas, y remonté caminando la cima del cabezo. Hacía una noche ideal con cielo despejado y me impresionó la belleza del paisaje a la luz de la luna. Hacia el oeste se oteaba la pintoresca población de Hillsboro extendida en el valle. Más al fondo la sombría foresta se recortaba contra el horizonte. Me sentía feliz recreándome en un riachuelo arbolado y en las somnolientas estrellas que titilaban en la bóveda celeste. Movido por un impulso interior me destoqué en silenciosa adoración hacia el creador de los hermosos montes y vaguadas que se esfumaban en la lejanía. El paraje lucía tan tranquilo y solitario que invitaba a extender las mantas en el santo suelo. Me apresté a reposar con el cielo azul por todo techo, y poco a poco me entregué al reino de los sueños. Al rato me desvelaron unos acordes musicales, que sin abrir los ojos entreoí extasiado en mi improvisado camastro. Eran los sonidos más suaves, exquisitos y sobrenaturales que puedan deleitar al oído humano. La melodía me corrió por las venas hasta impregnarme el alma. Entonces recordé dónde estaba y me extrañó sobremanera que una banda interpretara conciertos nocturnos en mitad del campo. Entreabrí los párpados para comprobar que seguía solo y que incomprendiblemente el sublime ruido parecía descolgarse de la atmósfera insondable. Me incorporé con la intención de escudriñar las alturas, y sólo acerté a percibir la sobrecogedora belleza estelar. Debía ser ya medianoche pasada pues la luna reverberaba en el espacio y su fulgor plateado inundaba el orbe. Me sentía como en el Más Allá, invadido por las armonías sinfónicas del reino espiritual, producidas -así me lo pareció-

por una invisible orquesta de órgano acompañado de violines, flautas, trompetas y chirimías. A veces las ondas sonoras atronaban muy próximas, para alejarse seguidamente como flotando en el viento y volverse casi inaudibles ; luego retornaban más arrobadoras y extáticas que nunca. Por mucho que escrutaba el vacío atmosférico no logré vislumbrar a los intangibles intérpretes, por lo que me embargó una natural inquietud supersticiosa, aunque no me sentía alterado en exceso. Tuve la impresión con razonable certeza de que el flujo de notas no era creado por artistas humanos, y a pesar de ello no me acometió el temor. La melodía retumbaba como los aires de "La Coronación", y si bien vibraba apagada y tierna semejava no obstante interpenetrar el universo entero, y la propia atmósfera parecía estremecerse. Hasta los remotos soles, débiles puntos luminosos en el firmamento, lucían como transidos de emoción musical. Pasado algún tiempo los ritmos etéreos de las esferas se desvanecieron, y creí notar a escasa altura una conmoción en lo que imaginé era la Via Láctea, como si millones de estrellas, movidas por un súbito impulso, hubieran comenzado a girar unas en derredor de otras, en un parco recinto de 10 pies de diámetro sobre mi cabeza. Los astros solares rotaban más y más deprisa, catapultándose ocasionalmente estrellas hacia el vacío cósmico, donde desaparecían. Tal estado de cosas duró escasamente un minuto, hasta que el desorden celeste se estabilizó. En el centro del círculo aéreo resaltaba con nitidez una cruz al parecer delineada con estrellas y adornada por una corona de espinas, que pronto se esfumó y la Galaxia recuperó así su estado natural, momento en el que una miríada de voces entonaron el himno "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad". Imaginé estar columbrando en el Empíreo rutilantes alas angélicas que relampagueaban entre los rayos lunares. Los sonos finalmente se disiparon para dar paso al silencio. Como no había dormido y casi la del alba sería me dejé vencer por un ligero sopor. Pese a que mi experiencia resultó extremadamente vívida, paradójicamente no me cabe demostrarla a terceros. Tal vez esté relacionada con el hecho de que nos encontramos en la Pascua de Resurrección. Repito que a pesar de haberlos vivido no puedo probar los hechos, y me limito a exponer la verdad



bajo palabra de honor como hombre honesto y cristiano. Cualquiera que ponga en duda mi testimonio puede solicitar referencias a mis paisanos de Montalba , y confío le dirán que como mínimo soy ^{UNA} persona veraz.

Cuando el atento periodista se recobró de la impresión producida por tan exótica aventura , su protagonista Walter Williams se alejaba calle abajo a considerable distancia.

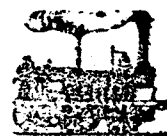
=====

=====

CUARTO EPISODIO

"LA AERONAVE" FUE AVISTADA EN TIERRA POR C.G. WILLIAMS , QUIEN ENTREVISTÓ AL CAPITÁN.

Greenville, Hunt Co., Texas, 17 abril.

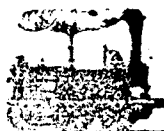


(Del corresponsal de "The Dallas Morning News").

- En la pasada medianoche he visto "La Aeronave" . Paseaba abstraído por el campo a un par de millas hacia el sur cuando de repente me despabiló una brillante luminosidad justo frente a mí, que me sobresaltó y me dejó deslumbrado. Intenté salir huyendo pero las piernas no me obedecieron. Cuando conseguí recuperarme la claridad había desaparecido y en su lugar divisé a la luz de la luna un inmenso navío fusiforme descansando en el suelo y a tres individuos afanándose a su alrededor. Dos de ellos se dedicaban a revisar el aparato y el tercero se dirigió a mí para preguntarme si podía franquearle algunas cartas, lo que me animó a acercarme para conversar con él. Mi empolvado instinto de reportero -de cuando en tiempos colaboré en un periódico- me hizo sacar papel y lápiz, y el inusitado visitante comentó:

- Joven, venga a ver nuestra nave. La estamos ensayando y por ahora con éxito. Esperamos revolucionar los viajes y transportes con este aparato. Hemos leído los periódicos y nos han divertido bastante las curiosas noticias sobre nuestro vehículo experimental. Si me promete no revelar lo que me propongo confiarle le pondré al corriente de nuestras andanzas. Durante muchos años he perseverado en el montaje de este ingenio en una población del estado de Nueva York. Dos semanas atrás partí en una travesía de prueba acompañado por dos ayudantes. Mi primera intención fue emprender una breve excursión preparatoria. Despegamos de noche con el fin de no ser vistos. La máquina se comportó a las mil maravillas por lo que decidí seguir adelante, y al poco tiempo sobrevolábamos el estado de Indiana. Nuestro primer descenso tuvo lugar en un sitio apartado aldeaño a una modesta estación de ferrocarril. Caminé hasta el pueblo más próximo para comprar el diario local, que efectivamente daba buena cuenta de las evoluciones del aparato. Desde entonces hemos estado navegando de un lugar a otro a una velocidad considerable, y de vez en cuando bajamos en los alrededores de alguna ciudad para leer la prensa. Pienso regresar a Nueva York en pocos días, con el objeto de perfeccionar mi artefacto con algunas mejoras necesarias. Esta expedición inaugural ha resultado de lo más satisfactoria. En breve oíré hablar de mí, y no vagas noticias como hasta ahora, sino una descripción detallada de este portentoso invento conocido como la moderna "Aeronave".

- Mientras charlaba con su ocupante tuve oportunidad de examinar con detenimiento el exterior del monstruo velador. Su estructura principal, con morfología de un veguero, mide unos 30 pies de longitud. Extensas alas en forma de abanico sobresalían a babor y estribor. En el extremo delantero se alojaba una rueda de gran diámetro al estilo de las norias laterales que impulsan los barcos a vapor, pero construída con un material ligero. La popa se prolongaba

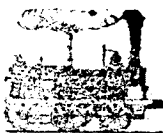


con una suerte de abanico como la cola de un pez. El largo total del gran pájaro volante era de unos 75 pies. Le rogué al inventor que me explicara el funcionamiento del prototipo, su sistema de propulsión y demás. Me replicó que un mecanismo eléctrico genera la energía necesaria, y además alimenta las luces. Una vez en vuelo el empuje del aire hace rotar el disco frontal como en un molino de viento y mantiene el armatoste en movimiento con un consumo mínimo de electricidad.

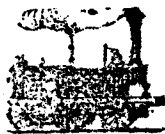
- Y ya no puedo decirle más, joven, terminó el aviador. Si espera un poco leerá noticias detalladas de mi artilugio. Pasaré a recogerle en breve para que nos acompañe en una próxima excursión a Méjico y Sudamérica, si me da su nombre y tras depositar esta correspondencia guarda discreción acerca de sus destinatarios.

- Le prometí preservar su secreto y el inventor y sus mecánicos subieron a bordo. Se produjo un relámpago luminoso seguido de un fragor sibilante y el coloso ascendió airosamente mientras hendía el aire hacia el nordeste. Le he dado palabra de no divulgar los nombres y direcciones que figuran en los sobres que esta misma noche he franqueado en la oficina de correos de Greenville. Cuando los viajeros vuelvan a por mí y me inviten a su recorrido por México y América del Sur les prometo mandar noticias frescas a "The Dallas Morning News". Estoy convencido de que he visto de cerca el invento del siglo, que a buen seguro desplazará por su velocidad a los trenes y paquebotes de la actualidad.

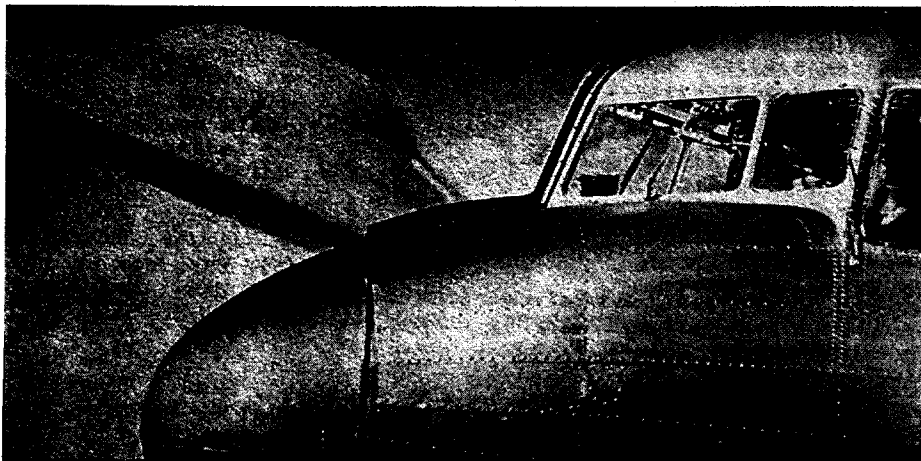
Firmado: C.G. Williams



- Autor Anónimo: "Ohio Airship Reports of 1897" (1990, 62 páginas).
- Thomas Bullard: "Airship 1897 File". (1990).
- Wallace O. Chariton: "The great Texas Airship mystery".
(Wordware, Plano, Texas, 1990, 252 pp).
- Daniel Cohen: "The great Airship mystery: A UFO of the 1890s".
(Dodd, Mead & Co., New York, 1981, 212 pp).
- Loren E. Gross: "The UFO wave of 1896" . (Edición del autor,
California, 1974, 31 pp).
- ^{ROBERT} G. Neeley, Jr. : "UFOs of 1896/1897. The Airship wave",
(Fund for UFO Research, 1990, 324 pp).
- Robert G. Neeley, Jr.: "The Airship chronicle".
(Fund for UFO Research, 1991, 263 pp).
- Jean Sider: "L'Airship, cet OVNI qui annonça la soucoupe volante",
(Revista "Lumieres dans la Nuit" , Francia, 28 pp).
- Enrique de Vicente: "La oleada norteamericana de 1896-97",
(Manuscrito inédito, hacia 1971, 62 pp).
- Enrique de Vicente: "Apuntes para un análisis de la gran oleada
norteamericana de abril de 1897 . Aterrizajes, humanoides y bibliografía".
(Manuscrito inédito, hacia 1970, 14 pp).



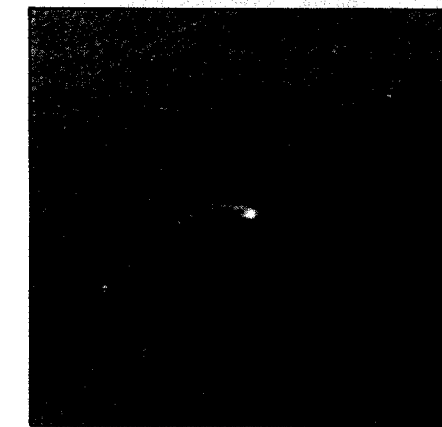
LA MISTERIOSA OLEADA DE 1896-1897



LA eclosión de los platillos volantes y el ocaso de la era geocéntrica se manifestaron el 24 de Junio de 1947, tarde en la que Kenneth Arnold, un hombre de negocios de 32 años, natural de Boise (Idaho), atisbó desde su avioneta nueve objetos brillantes plateados en forma de luna creciente, maniobrando a 1.600 millas por hora en las proximidades del Monte Rainer, Estado de Washington. A partir de esa memorable jornada se sucedieron una tras otra las modernas avalanchas de aerofórmulas desconocidas, y el mundo tomó conciencia de otras posibles inteligencias planetarias.

Las visitas masivas de vehículos alienígenas no se inauguraron empujadas con la «serpiente de verano» del 47, sino en las postrimerías del siglo pasado. Durante seis largos meses se precipitó sobre el subcontinente norteamericano la invasión de objetos volantes no identificados más interesante de los anales de la ufología, un increíble drama único en la historia, cuya representación dio comienzo en California en Noviembre de 1896 hasta alcanzar su apoteosis en el Estado de Texas en Abril del siguiente año, para extinguirse un mes después con ocasionales avistamientos canadienses en el verano y otoño de 1897.

El investigador Robert G. Neely, Jr., patrocinado por la «Fund for UFO Research», ha dedicado tres años de estudio a analizar el insólito espectáculo celeste escenificado en el intenso bienio 96-97, en los que consultó 4.935 periódicos locales de fin de siglo, catalogando 2.274 noticias acerca de los extraordinarios ingenios que surcaban los cielos de la Unión, de los cuales 288 corresponden a apariciones de tripulantes de morfología humanoide, y 22 son descriptivas de aparentes desastres o accidentes sufridos por aquellas naves del espacio de las que nunca se ha vuelto a saber.



El inolvidable circo aéreo originó una excitada curiosidad en la sociedad yanqui. La prensa alimentaba la efervescencia popular con innumerables sueltos en torno a «La Aeronave» («The Airship»), que se convirtió en la celebridad nacional acaparando las conversaciones del país.

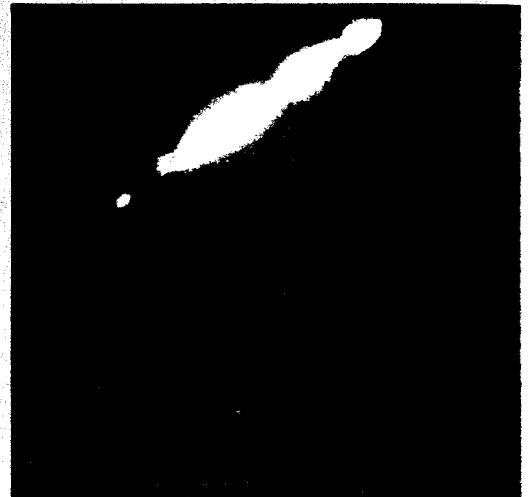
Numerosas máquinas voladoras de muy variado tamaño, aspecto y características montaron un vasto despliegue histriónico en los cielos de la emergente potencia mundial, mostrando destaraladas alas móviles que batían el aire como las de las aves, velas de lona para captar el viento, hélices propulsoras, norias circulares como las de los navíos fluviales, aerostatos de gas, colas estabilizadoras, timones de dirección, máquinas de vapor, motores eléctricos y de gasolina, reflectores, luces multicolores y otros dispositivos mecánicos simulados, susceptibles de ser atribuidos a la primitiva «tecnología punta» en boga a finales del novecientos.

Sus enigmáticos pasajeros se desempeñaron cual magistrales actores interpretando el papel de ordinarios varones de apariencia humana que se expresaban en correcto inglés, bellísimas damas, ancianos, niños y cocineros negros afanados en guisar patos recién cobrados. Volaban acompañados de animales domésticos

como perros y hasta una vaca para la que la farándula espacial pidió una alpaca de heno. Se registraron varios casos de fiestas con música, baile y jolgorio en las mansiones del aire, y fueron vistos conocidos lugareños invitados a bordo.

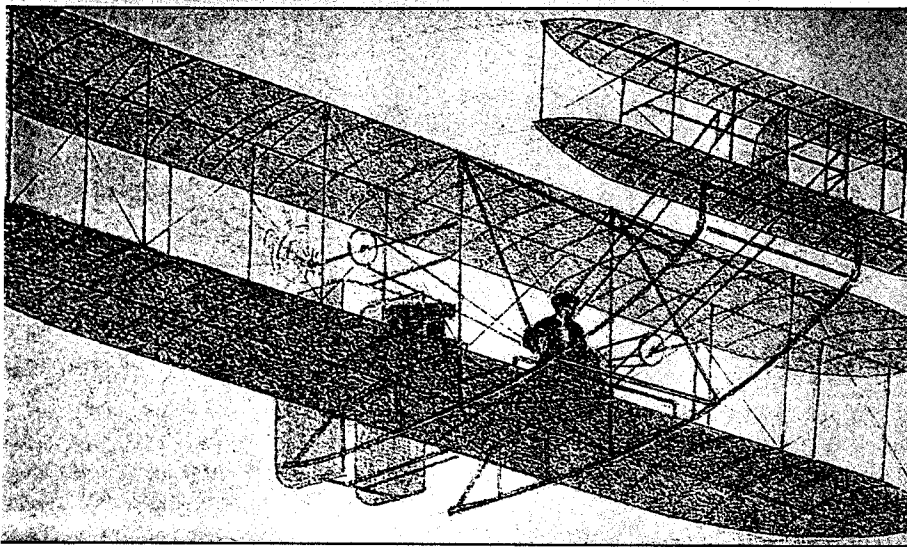
Los ocupantes hacían como que fumaban, cazaban y pescaban y, como cualquier terrícola, se dejaban ver comiendo pan, patatas o pescado asado, e incluso tomaban instantáneas de las asombradas gentes de abajo con cámaras de la conocida marca «Kodak». De los objetos volantes se obtuvieron a su vez varias fotografías que al parecer no se han conservado.

Muchas veces los viajeros aterrizaron para adquirir periódicos, vituallas, útiles y enseres que pagaban religiosamente con dólares de curso legal. Conversaban durante horas con los

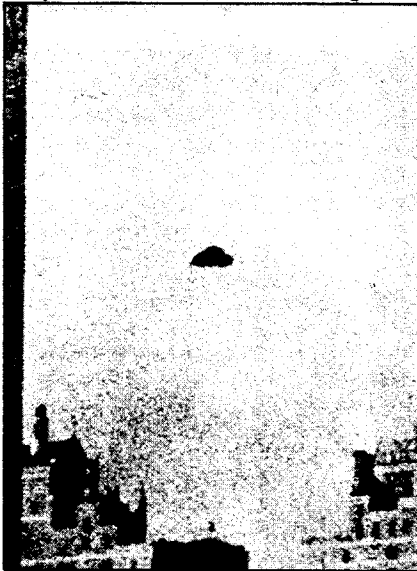


sorprendidos aldeanos, que les acompañaban en pintorescas excursiones de ida y vuelta por la atmósfera, mientras les ponían al tanto del pretendido funcionamiento de los aparatos y de sus sistemas de propulsión, supuestamente a vapor, eléctricos, a gasolina, con flotadores de gas, etcétera. Repostaron grandes cantidades de agua, carbón mineral y aceite para el hipotético abastecimiento de sus dirigibles alados, que parecían averiarse de tanto en tanto y sus mecánicos reparaban y engrasaban a ojos vista. Por otra parte, dejaban caer piezas de desecho de sus instalaciones, objetos diversos, paquetes y cartas dirigidos a ciudadanos prominentes en cada comarca, con lo que demostraron un minucioso conocimiento de la sociedad norteamericana.

En cuanto a su procedencia gustaban pasar por inventores de la patria de Abraham Lincoln en viaje de pruebas, y reforzaban tan falaz coartada confiando a los testigos sus presuntos nombres, apellidos y localización



Avioplano de los hermanos Wright



geográfica (Nueva York, el Polo Norte, la India, Japón...), anunciando de paso con datos siempre distintos y contradictorios entre sí, que sus naves en experimentación serían presentadas en breve plazo en importantes ferias y exposiciones industriales de la nación, para luego comercializarlos.

Sorprendentemente, los aeronautas contaban con eficaces cómplices en tierra, que en el momento oportuno, recorrían las redacciones de los periódicos sembrando la falsa especie de que «La Aeronave» era una creación de geniales mecánicos en la sombra, que tras ponerla a punto la venderían pronto en el mercado.

Las prestaciones aeronáuticas comprobadas de los «aviones» finiseculares. (altísima velocidad, pasmosa capacidad de maniobra, inmovilización en el espacio, funcionamiento silencioso, potente iluminación y otras proezas técnicas) estaban muy por encima del moderado adelanto tecnológico de aquel tiempo (recordemos que el primer vuelo de los hermanos

Wright no se consiguió hasta 1903), lo que pone de manifiesto que de ningún modo se podía tratar de artefactos contruados en nuestro planeta, y que la abigarrada flota exhibida sobre los Estados Unidos fue en realidad un habilidoso montaje teatral, camuflado con burdos disfraces asaz terrestres atribuibles al desarrollo científico y a los usos y costumbres de la época en esa región del globo.

La simulación histriónica resultó tan meticulosamente orquestada en ostensibles claves terrenales que el país entero se tragó el anzuelo. Nadie advirtió que eran víctimas de un tremendo engaño (¿con qué miras?), y los ciudadanos creyeron estar viendo revolucionarios navíos aéreos ideados por ingenieros excéntricos, sin sospechar que contemplaban una gigantesca superchería perpetrada con ignotos fines por entidades ultraterrestres afincadas en la Tierra.

Como en las clásicas oleadas de la segunda mitad del siglo XX, en 1896/97 la observación de OVNI's se vio también complicada en las mismas zonas por una variada gama de sucesos paranormales: poltergeist, caída de piedras calientes, yetis, animales fantasmas, monstruos marinos, hedores sulfurosos y un largo y complejo etcétera.

¿De qué planeta o plano vibratorio provenían los cosmonautas que fingieron ser toscos descubridores provincianos? ¿Y con qué ocultos propósitos coreografiaron su inexplicable semestre de ballets teatrales en las alturas? Casi un siglo después seguimos tan ignorantes al respecto como los ingenuos espectadores de la guerra de Cuba, con la diferencia de que al fin del milenio sabemos ya distinguir entre la vida real y una artera comedia escenificada por ufonautas de dudosas intenciones.

Ignacio Darnaude



de los objetos como de aproximadamente los 2/3 del tamaño de un avión DC-4.

Arnold observó, igualmente, que se movían de una forma extraña: como dando saltos de arriba abajo. Al describirlo más tarde, usó una frase cuyas consecuencias no podía ni imaginar. Dijo que se movían «como lo haría un plato pequeño (un platillo) si se arrojara a ras de agua».

Sin duda este no fue el avistamiento más importante de su especie y ni siquiera el primero, ni el más cercano, ni el que mejor se observó. No fue corroborado por nadie más, fue distante, poco nítido y muy corto. ¿Por qué fue entonces tan importante?

Su relevancia se manifestó cuando un periodista usó la frase de Arnold de que aquellos objetos se movían «como lo haría un platillo si se tirara a ras de agua»: Esta expresión llamó la atención de los medios de comunicación y dio a un fenómeno ya antiguo un nombre que el público podía entender: Platillo Volante. Era el nombre justo para el ambiente de ese momento.

En estas cuatro décadas, este escurridizo fenómeno se ha negado a desaparecer; persiste y va adquiriendo más y más fuerza, escapando por completo al control de un Kenneth Arnold que —inconscientemente— puso en marcha, el mecanismo extraño de los platillos volantes, aun a pesar de que ya hubo antes que él quien bautizara